

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 826 Sábado 18 de Noviembre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Hablando del medio rural y su despoblación**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **The Rising (Bruce Springsteen)**, *Luz Gabás*

Hablando del medio rural y su despoblación

Emilio Álvarez Frías

Después de muchos años de tener olvidada la literaturas que siempre fue un complemento de mis días desde la juventud, he vuelto a dedicar horas a disfrutar del «arte de la expresión verbal» a través del género novela, pues han sido muchos los años que he tenido de zambullirme en el saber de los libros de matemáticas, de filosofía, de teología, de gramática, etc., para poder cumplir con mi trabajo, con la necesidad de diferentes conocimientos, con las relaciones dentro de la sociedad, del barullo empresarial, y de todo cuanto lleva a cuentas una variada andanza en la vida dentro de la colectividad que me había tocado.



Y en este disfrutar de lo que nos ofrecen quienes dedican su tiempo a contarnos lo que piensan, lo que crea su imaginación, lo que descubren en sus andanzas, he descubierto que han surgido unas generaciones de escritores de ambos sexos sumamente interesantes, tanto en la creación como en la forma de volcar las letras sobre el papel. No todos son

iguales, efectivamente, a Dios gracias. Pero los hay muy buenos y no son pocas las mujeres que se han ido poniendo en cabeza.

Mi intención no es hacer una recopilación de nombres, de títulos, pues lo que me impulsa en estos momentos es hablar del campo, del abandono que se ha producido, de la cantidad de pueblos que por toda España han quedado sin pobladores. Se habla mucho al respecto pero se puede jurar que nadie toma medidas para repoblarlos, salvo excepciones. Yo creo que ni la Administración sabe qué se podía hacer en todo ese campo abandonado, cómo aprovecharle, como dar trabajo en ese ambiente a tanta gente como está en el paro, imaginando empresas que se podían crear, más

ahora que se han perdido tantas y que habrá que tomar medidas para que España renazca de la escombrera en la que está metida.

Entre los –o las– autores descubierto se encuentra Luz Gabás, a la que ignoraba –a pesar de haber disfrutado en su momento la novela *Lejos de Luisiana* que obtuvo el premio Planeta 2022–, pues ¡pobre de mí! no había leído nada anteriormente, de lo que me avergüenzo profundamente.

Por casualidad compré una novela suya en la que acometí ardorosamente, de forma que antes de llegar a la página 100 ya había adquirido todo lo que ha escrito, pues merece la pena disfrutar de su lectura. Tiene genio, tiene imaginación, te hace vivir en el valle de Benasque y los Pirineos cuando habla de su tierra como lo hace ella cuando escribe, o como te sitúa en las plantaciones de cacao de Zaragoza de Sampoca en la isla de Fernando Poo, y se lee con placer. Incluso ha sido llevado al cine con gran éxito *Palmeras en la nieve*, su primera novela, consiguiendo dos premios Goya.



Volviendo al tema rural, Luz Gabás, al terminar su novela *El latido de la tierra*, regala al lector un escrito que más bien parece una tesina sobre el particular, que merece la pena leer pues nos describe el problema del abandono de los pueblos, de la España deshabitada, desde el principio hasta el momento actual, que bien podrían analizar los que se ocupan del Gobierno de España en sus distintos niveles para tomar conciencia del tema y pensar en qué hacer al respecto.

Respetamos hasta el título con que aparece este escrito al final de la novela, que es el estilo con el que ha marcado cada uno de los capítulos: el título de un disco y la denominación de un grupo musical.

The Rising (Bruce Springsteen)

Luz Gabás

Licenciada en filosofía inglesa, profesora de escuela universitaria, escritora. Premio Planeta 2022

Muchas personas sueñan con dejar la ciudad e irse a vivir a un pueblo. Yo fui una de ellas. Vivía en Zaragoza y trabajaba en la universidad. Cuando anuncié a mi familia y amigos que lo dejaba todo para comenzar una nueva vida en la montaña, en la tierra de mi marido y de mis antepasados paternos, no me creyeron. Pensaban que era una decisión equivocada de la que me arrepentiría; incluso que sería algo temporal. De eso hace ya doce años y cuatro novelas. De momento, aquí sigo.

Aunque mis raíces maternas y paternas están en el campo y en la montaña, yo nunca había vivido fija en un entorno rural. Crecí en Monzón (una población como la de Mongraín en la novela) y luego forjé mi vida en Zaragoza. Así que se me puede aplicar el término *neorrural*: tras una vida en la ciudad, me instalé en un lugar pequeño. Un lugar turístico como el valle de Benasque, donde vivo, no es comparable a una aldea perdida en la nada, pero, aunque exista una mayor comodidad en la vida cotidiana, sigue siendo un entorno rural y, por tanto, muchos de los deseos de los nuevos moradores y muchos de los problemas sí son compartidos.

Mis motivaciones para regresar a la tierra de mis antepasados fueron en parte idealistas y, en parte, consecuencia de la herencia emocional recibida en mi educación.

A mí también me tentó lo de *Walden*, obra publicada en 1854 por Henry David Thoreau, uno de mis escritores de referencia en la juventud. ¿A quién no le ha atraído la romántica idea, en algún momento de su vida, de vivir en una cabaña junto a un lago y pasar de la civilización? Como experiencia, suena fascinante. Y, aunque resulte difícil, de creer que hoy en día algo así sea posible, ahí está *Indian Creek*, escrito por Pete Fromm (Errata Naturae, 2017) tras un invierno solo en las montañas de Montana. En mi caso, que no soy nada valiente, a la hora de tomar la decisión de ir a vivir al pueblo de mis raíces –un lugar ni salvaje solitario– hice mi propio listado de razonamientos, bastante tópicos, por otra parte. En resumen: la ciudad me agobiaba y me convencí de que en algún lugar donde se mirara al cielo todos los días, donde se vieran las estrellas donde las montañas adornaran cada día, donde se repitieran y cumplieran los refranes relacionados con la tierra, allí –aquí– se calmaría mi tormenta interior. En plan trascendental, en la línea del *Ensayo sobre la naturaleza*, de 1843, de Emerson, pensaba que, en contacto con la naturaleza, a través de la intuición y la observación, podría sentir la infinitud, la unión con la energía cósmica, la fuente creadora de la vida, Dios, o lo que fuera; y pensaba que en la tierra de mis antepasados



encontraría la inspiración para mi país mítico de elevadas montañas, vientos hostiles, piedras, nieve y hierba.

Vivas donde vivas, lo cotidiano siempre acaba imponiéndose a lo trascendental. El día a día va fluyendo plagado de actividades laborales, familiares, escolares y extraescolares, como en la ciudad. Ciertamente existen incomodidades, pero te acostumbras: el hospital más cercano está a kilómetros de distancia, lo cual produce un poco de miedo (y pe-

reza: solo vas cuando la cosa pinta muy mal; la burocracia es igual de compleja en todos los sitios, pero para muchos papeleos tienes que desplazarte a poblaciones grandes y hay normativas creadas en despachos urbanitas que cuesta aceptar; los servicios educativos son más limitados, al igual que la oferta comercial, aunque la venta por mensajería está llegando ya a los lugares más insospechados; no hay tantas actividades sociales y culturales como en la ciudad, pero hay otras diferentes y divertidas; y convives con animales como, por ejemplo, esos ratones empeñados en acceder a tu despensa o esos zorros o gavilanes que no reblan hasta que se llevan a una de tus gallinas, o esos jabalíes que destrozan el prado justo en la misma puerta de tu casa volviendo locos a los perros que los huelen y ladran toda la noche. Las agendas están marcadas por la climatología: puede que nieve y no puedas sacar el coche; puede que se caiga la conexión por culpa del viento o por lo que sea justo cuando tienes que enviar el *mail* más importante. Hay una mayor dependencia del coche, y en muchos lugares tienes que aprender a conducir en la nieve. Te conviertes en el taxista de tus hijos a todas horas. Si vives en una casa, hay más gastos de calefacción y electricidad que en un piso. Las grandes despensas con grandes congeladores son parte esencial de una casa, y el cuarto de herramientas, una auténtica ferretería. Hay que retejar, pintar la madera de puertas, aleros y ventanas reseca por el sol y el viento, quitar goteras, podar los árboles, preparar la tierra para el huerto, desbrozar porque la mala hierba tiene la manía de apoderarse hasta de tu espíritu:

Azadas, motosierras, rastrillos, hachas, palas, motocultor, tractor, carretillos, desbrozadoras, abrazaderas, brochas, cuerdas, mangueras y sacos de cemento forman parte de tu vida. Evidentemente, no es lo mismo vivir en el campo que vivir *del* campo; pero, a nada que te guste un poco la tierra, en un entorno rural, acabas teniendo un huerto o un pequeño jardín. Por último, los inviernos duran lo mismo en todos los sitios, pero por lo que sea, en el campo y la montaña siempre parecen más largos. O eso repetimos en nuestras conversaciones.

La despoblación del medio rural es un tema que siempre me ha interesado, quizás porque mi vida ha estado ligada desde mi nacimiento a la provincia de Huesca, donde hay trescientas aldeas y pueblos deshabitados que Cristian Laglera ha fotografiado y listado en sus libros *Despoblados de Huesca* (Editorial Pirineo, 2014-2015, tomos I, II y III). Produce vértigo pensar que, no hace tanto, todos esos pueblos y aldeas estuvieron vivos. En sesenta años se han borrado siglos de historia. Las causas a lo largo de décadas son conocidas: expropiaciones, embalses, reforestación, caída de la economía rural, desaparición de la agricultura y ganadería tradicionales, in-



dustrialización, duras condiciones de vida, malos accesos, falta de servicios básicos y cambios sociales. Conozco la diferencia entre un pueblo deshabitado y uno abandonado; sin embargo, pasear en el silencio de uno u otro produce una sensación extraña, que se torna desgarradora cuando en lugar de casas en pie hay ruinas. Tal vez duela más a quienes hemos crecido vinculados al mundo rural, envueltos en narraciones orales y papeles y objetos antiguos que nos transportan a otras épocas. En los pueblos no es extraño poder trazar tu genealogía hasta varios siglos atrás. Un pueblo vacío, por tanto, es una historia truncada. Cada pueblo vacío es una historia por contar. Lo terrible es que el drama continúa y sé que, en lo que me quede de vida, el número de pueblos sin vida aún aumentará.

No obstante, como soy de naturaleza optimista, centro mis reflexiones en dos puntos: procuro evitar que un exceso de nostalgia me impida avanzar y confío en que los esfuerzos actuales por revitalizar el mundo rural den frutos.

Como muchos de mi generación, desciendo de personas de aldea y tierra que en la década de los años sesenta del siglo xx se instalaron en una población grande o una pequeña ciudad –el límite entre ambas sigue siendo difuso–, aunque siempre siguieron vinculados a su lugar de nacimiento, conservando físicamente sus casas y sus tradiciones para los fines de semana y las vacaciones, y a nivel emocional todos los días de su vida. Vivir a caballo entre dos mundos me permitió observar el cambio que se produjo en mi país a una velocidad vertiginosa. Mis padres y abuelos trabajaron con sus manos la tierra; yo vi, aprendí, escuché e incluso idealicé.

Curiosamente, por una parte, estos padres de pueblo hicieron todo lo posible para que sus descendientes estudiáramos y no tuviéramos que dedicarnos a lo mismo que ellos y sus antepasados; por otra, nos convirtieron en testigos y guardianes de un modo de vida cuya desaparición preveían, incluso anhelaban, pero que, a la vez, asumían con cierta tristeza. El resultado fue una generación hábil y responsable, aunque también tensionada en el intento de encontrar su propio espacio. Para los del pueblo, éramos de ciudad; para los de la ciudad, éramos de pueblo. Por un lado, se nos exigía una integración

en el mundo moderno; por otro, los fines de semana había que ir al pueblo a cuidar de la casa cerrada porque existía la obligación moral de que no pareciera que estaba abandonada. En mi mente, la casa se representaba como un ser inmortal, eternamente insaciable, eternamente enfermo. Entre semana yo era una



habitante más de aquellos pisos de aquellas ciudades, pequeñas y grandes, con escaparates, coches, cines y discotecas, que crecían y se abrían a la moda de los nuevos tiempos, a la nueva ropa, a la nueva música; el fin de semana me ponía una chaqueta vieja de un armario antiguo de una casa centenaria y rememoraba una forma de vida anterior que, en realidad, solo fue mía residualmente.

Creo que, al cargar con la losa emocional de la casa vaciada, a muchos de mi generación nos convirtieron en seres, demasiado nostálgicos por las pérdidas que otros sentían; y al esfuerzo de estudiar, trabajar, ser independientes económicamente y formar una familia añadieron la responsabilidad de seguir cuidando del patrimonio del pueblo. Pero ni la vida da tanto de sí ni el apego dura más de dos generaciones: poblaciones forzosamente deshabitadas aparte, la gente de mi edad hemos sido testigos de la división y posterior venta de patrimonios que habían pertenecido a las mismas familias durante siglos. En los sitios turísticos –como el que vivo– el nuevo valor de las propiedades ha servido para reorientar la forma de vida; incluso para asumir las ventas como signo de los tiempos actuales, sin excesivo cargo de conciencia. En términos generales, sin embargo, en la mayoría del territorio rural español no ha existido ni siquiera esa opción de poder capitalizar o transformar el patrimonio familiar en otra cosa. Y hay un factor añadido del que no se suele hablar: antes los impuestos sobre la propiedad –la contribución, que se decía– eran muy bajos, por lo

que el esfuerzo físico de una familia bastaba para seguir cuidando de la propiedad en el pueblo; ahora el presupuesto que serviría para mantenimiento se lo lleva el Estado. Para la generación mileurista, hacerse cargo del pasado resulta prácticamente imposible.

Cada uno guarda sus historias, sus anécdotas familiares. En la época que vivimos nos encanta revisar el pasado. «Que no se olvide», decimos. Como si se pudiera olvidar. Es imposible. Estamos hechos de pasado. El pasado habita en cada uno de nosotros. Soy la suma de lo aprendido de las generaciones anteriores, mis propias experiencias y mi actitud ante la vida. Recuerdo las escenas de mi pasado rural con la nostalgia que me aleja de la infancia y de personas a quienes quise, pero también desde la comodidad de quien nunca tuvo que realizar todas aquellas tareas agrícolas y ganaderas por necesidad. En mi casa contemplo los retratos antiguos de mis antepasados y soy tan consciente de las penurias que sufrieron que me muestro agradecida porque aquellos tiempos tan duros hayan sido superados, y más siendo mujer. Y por eso mismo, a un nivel íntimo, mantengo la nostalgia a raya y me siento expectante ante los nuevos tiempos.

Ahora bien, reconozco que el optimismo se encoge y tiembla ante la realidad actual del mundo rural. En los pueblos de la comarca donde vivo y en los que recorro por mi trabajo, hay mucha gente haciendo cosas, gente conectada, que lee, que ve películas, que lucha por sus trabajos, que tiene preocupaciones y ganas de fiesta. Pero cada vez somos menos. Basta con prestar atención a la prensa. Los datos son demoledores. A la vez, paradójicamente, miles de lectores siguen los blogs sobre pueblos deshabitados, lo cual quiere decir que el tema atrae porque, o bien la herida –el Gran Trauma del que habla Sergio del Molino (*La España vacía*, Turner, 2016)– sigue abierta, o bien la mirada se ha vuelto hacia ese enorme espacio vacío lleno de posibles recursos. O ambas cosas a la vez.

Fue Julio Llamazares quien nos abrió los ojos sobre la despoblación con *La lluvia amarilla*. El pueblo deshabitado de Ainielle se convirtió en el ejemplo



doloroso de lo que estaba sucediendo y lo que estaba por venir. La publicación de la novela abrió el camino literario y social para hurgar en las razones del vaciamiento de la España rural, para verbalizar el Gran Trauma. El primer paso para superar un trauma es asumirlo, no olvidarlo. Una vez asumido, es importante contarlo. A nivel emocional, resulta sanador. Cada vez aparecen más libros y textos que recuperan retazos de un pasado perdido; que nos cuentan historia, que iban a ser olvidadas; que nos hacen ver las cosas desde otro punto de vista. Los años recientes han sido especialmente fértiles. El mundo rural protagoniza las últimas novedades editoriales. Cuando ya tenía muy avanzado el manuscrito definitivo de esta novela, leí los textos de Emilio Barco (*Donde viven los caracoles*, Pepitas de Calabaza), María Sánchez (*Tierra de mujeres*, Seix Barral), Rafael Navarro de Castro (*La tierra desnuda*, Alfaguara), Santiago Lorenzo (*Los asquerosos*, Blackie Books), Pilar Fraile (*Las ventajas de vivir en el campo*, Caballo de Troya), Elvira Valgañón (*Invierno*, Pepitas de Calabaza), María Pilar Clau (*La sobrina*, Booket Planeta), Agustín Martínez (*Monteper-*

didio y La mala hierba, Plaza & Janés) y la aclamada *Para Helga*, de Bergsveinn Birgisson (Lumen). Son historias muy diferentes –hay nostalgia, memoria personal, humor, reivindicación feminista, crítica al capitalismo, amor, muerte, inquietudes e incertidumbres ante los cambios– en las que la trama sucede en un entorno rural ofreciendo una nueva mirada. No me sorprende este auge: en el deseo actual de recuperación y revisión de nuestro pasado, de nuestras raíces, resulta lógico que nos topemos con algo tan simple como que millones de personas provenimos del mundo rural.

Dice Llamazares que, en su opinión, ya está todo hablado; que ahora toca actuar. A tenor de las publicaciones, ni está todo hablado ni el trauma superado. Todavía existe la necesidad de abrir los baúles del corazón y sacar a la luz los papeles de nuestra identidad. Pero, sin duda, tiene razón en sugerir el paso de la palabra a la acción. Es necesario que la literatura aliente y que la política gestione.

Afortunadamente, cada vez existen más organizaciones con programas específicos para el asentamiento de personas en zonas rurales despobladas. La iniciativa privada se ha unido a la pública. La teoría está clara. Se habla ya del empoderamiento de la población rural con diferentes ejes de intervención: empleo, salud, educación, tecnología, incentivos fiscales y apoyo a la vivienda. Las campañas de comunicación



positiva tratan de ofrecer una imagen atractiva del mundo rural y terminar con la *inferiorización* –la consideración de pertenecer a un nivel inferior– publicitando la idea de que se puede ser granjero y *cool*, tal vez no hasta el extremo de venderlo como algo «radical chic» al modo estadounidense, pero casi. Lo rural está de moda. Empoderamiento, *impact hub*, liderazgo, equilibrio biológico, proyectos tractor, redes despertador, fidelización, ganadería 4.0, sostenibilidad, *cohousing*, economía circular y

orgullo rural, por poner unos ejemplos, son expresiones nacidas en la ciudad que ahora se aplican al medio rural despoblado como si en este entorno pudiera encontrarse la solución a los problemas generados por el desproporcionado crecimiento de las ciudades, por el desencanto de unas vidas masificadas y por la crisis económica.

¿Darán frutos estas iniciativas? ¿Se producirá una reconexión real con el mundo rural?

Creo que, poco a poco, vivir en el campo o del campo se va a ir convirtiendo en una oportunidad real para quien así lo desee. En la era de la información, de la movilidad, de los coches, de Internet y de la telefonía móvil, ciudad y campo ya no son tan opuestos como lo fueron, sino complementarios. Tal vez, como dice el periodista Sergio del Molino, los primeros neorrurales fantasearan con fundar una Arcadia, asociaran lo rural con una mayor libertad, odiaran la ciudad y estuvieran convencidos de que la aldea, la montaña, lo remoto y la cabaña de Walden significaban una forma de vida muy superior a la urbana. Ahora, no obstante, con los tentáculos de la Administración –el acoso legalista y administrativo, como lo llama el mismo periodista– llegando hasta los lugares más remotos, para lo bueno y para lo malo, la sensación de libertad es cada vez menor, vivas donde vivas. Ni en el campo la vida ahora es tan solitaria como hace un tiempo, ni quienes deciden instalarse en zonas rurales abominan de la vida en la ciudad.

Además, el campo y los pueblos habitados de antaño ya nunca serán como los recordamos o como nos los han contado; la recreación solo funciona para los parques temáticos. El pasado no es reversible, de modo que lo que surja de todas las iniciativas, resultará diferente. Aunque el anterior vínculo se haya roto, será uno nuevo el que logre unir a las siguientes generaciones a la tierra que espera y espera el tiempo que haga falta, sin inmutarse por nuestros padecimientos.

De todas estas reflexiones surgió esta novela, a la fui incorporando ideas como la atracción aparentemente incomprensible entre dos personas diferentes de *Los puentes de Madison County* (Robert James Walther, 1992), *El amante de Lady Chatterley* (D. H. Lawrence, 1928) y *Jane Eyre* (Charlotte Brontë, 1847); la influencia del pasado y el peso de la memoria de *Rebeca* (Daphne du Maurier, 1938); el recelo hacia los otros de *Gran Torino* (Clint Eastwood, 2008), y lo que sucedió en un lugar llamado Jánovas y lo que está sucediendo en otro llamado Fraguas.

Por último, en esta historia también se encuentra mi propia evolución emocional, desde la nostalgia por un pasado perdido e irrecuperable hacia un futuro incierto en el que, a pesar de todo, deposito mi fe. Como la hierba vivaz que rebrota desde tallos subterráneos, creo que aún asomo cada mañana la cabeza al mundo con la misma curiosidad de siempre.



Anciles, viernes 24 de mayo de 2019